



Belis Araque

El cine en Mérida (1898-1958)

Elementos para su historia, Mérida

Ediciones Actual-DIGECEX

2004

El cine en Mérida, 1898-1958

GREGORY ZAMBRANO

Pocas artes logran combinar con tanta complejidad y dinamismo, el movimiento, la luz, la espacialidad ilimitada y los juegos del tiempo como lo hace el cine.

El discurso fílmico obedece a una sintaxis, recorta tiempos, mezcla imágenes, actualiza hechos del pasado, afianza el presente y se aventura en el futuro.

El cine, magia de la luz en movimiento, fue desde sus comienzos en 1895, una gran tecnología, un invento revolucionario, y una gran industria.

Pero el cine, como tal, no sería lo que es hoy si de manera simultánea no hubiese tenido el respaldo discursivo que vinculara obras específicas con su tiempo, con sus creadores, con sus actores y actrices, con sus productores, con sus historiadores y críticos.

Al igual que el resto de las otras artes, el cine también necesita de ese espectador que reconstruye las huellas que en tanto va dejando. Relaciona sus mitos fundamentales, los documenta, y establece una relación simbiótica con su tiempo, con otras obras, para producir un nuevo espacio donde se encuentra reunido ese hecho artístico, convertido en espectáculo.

Todos estos elementos se combinan, se retroalimentan, se presuponen y, en consecuencia, requieren de un metadiscurso que establez-

ca las relaciones, las documente, las internalice y vincule a un espacio-tiempo definido y circunscrito a una determinada realidad histórica.

Y esto es lo que logra, con pulcra solvencia, Belis Araque en su reciente obra, *El cine en Mérida (1898-1958). Elementos para su historia (2004)*, publicado por Ediciones Actual, de la DIGECEX universitaria.

Se trata de una obra de innegables valores historiográficos, de una enjundiosa compilación de datos, que por una parte recuentan el hecho extraordinario de la llegada del cinematógrafo a nuestra ciudad y el auge que dicho invento tuvo a lo largo de todo el siglo XX. Mérida, no en balde ha sido considerada como la ciudad cinematográfica de Venezuela; taller, escenario, laboratorio natural. En ella han madurado muchos de sus creadores, algunos unidos a la prolífica trayectoria del Departamento de Cine de la ULA y ahora acogidos por su Escuela de Medios Audiovisuales. Un poco en broma, un poco en serio, en Venezuela se habla de "Gochiwood", parodiando la llamada meca del cine mundial.

El libro de Belis Araque recuenta perfectamente aquella etapa fundacional que recorre dos importantes periodos históricos, desde el gobierno de Joaquín Crespo hasta el fin de la era dictatorial de Marco Pérez Jiménez.

El cine, "apasionante invento", como lo denomina la autora, adquirió gran popularidad en Venezuela, principalmente en la capital y en Maracaibo. Como arte itinerante, tuvo su benéfica recepción en nuestra ciudad, tanto en espacios públicos limitados para la época, como en espacios privados, tales como casas de familia, que acogían el nuevo arte como un lujo y, más aún, como espectáculo reservado a pequeñas minorías socialmente distinguidas de la élite merideña. La socialización y masificación de este arte, serían desarrollados, de manera intermitente, durante las siguientes tres décadas, y de manera sostenida, a lo largo del todo el siglo XX.

La investigación aprovecha de manera exhaustiva la documentación que reposa en la Biblioteca Febres Cordero, la cual fue reunida primeramente por Tulio Febres Cordero, curioso anticuario, a quien le debe tanto la memoria de nuestro estado y región.

Periódicos, revistas, hojas sueltas, carteles, son la base de esta investigación documental que nos permite conocer cómo se fue estable-

ciendo y consolidando la exhibición y distribución del cine en Mérida, especialmente después de 1936, cuando Valeriano Diez y Riega funda el "Circuito teatral de los Andes", que permitió una verdadera popularización del cine como espectáculo.

En dos instancias reconstruye Belis Araque el establecimiento del cine en Mérida, la primera, que denomina "Cine ambulante", abarcó los años 1898 a 1925, y desde 1926 hasta 1958, el "Cine de sala", que corresponde a un establecimiento bien sostenido de la exhibición y comercialización del nuevo arte. Gradualmente nos va revelando la importancia de cada una de las salas establecidas y el crecimiento de las cadenas de exhibición consolidadas en la Mérida de la primera mitad del siglo XX: Salón Rivas Dávila, Cine Mérida, Cinelandia, Cine Principal, Cine Aurora, Nuevo Cine, Teatro Apolo y Teatro Rex y las empresas comercializadoras: Murillo Hermanos, Circuito Teatral de los Andes y Compañía Anónima de Circo-Teatro de Mérida.

El manejo directo de las fuentes nos permite ser espectadores, desde el papel, desde la imaginación y desde la nostalgia del acontecer cinematográfico de la ciudad.

Un recuento pormenorizado, años tras año, nos ilumina las peripecias de las empresas y, sobre todo, del registro de muchas de las películas exhibidas; nos enteramos de la cantidad de inventos de la tecnología vinculada a los espectáculos, tales como el magniscopio, la linterna mágica, el cinégrafo, el zoófono y el ya perfeccionado cinematógrafo, que como tal, llegó a Mérida en 1909. Por la cronología también nos enteramos de cómo el mercado público rentaba algunos de sus espacios para las proyecciones, de cómo comenzaron las tarifas especiales para estudiantes, en 1929; el cobro de impuestos a los cines, y el establecimiento de los llamados "lunes populares", iniciados en el Teatro Aurora en 1934. También nos dice cómo a partir de 1939 se establecieron las juntas de censura con criterios operativos rígidamente apegados a los valores de la moral y la religión. Por ese minucioso registro sabemos cuándo llegó el cine a colores, se popularizaron los noticieros para el cine y la publicación de un semanario de información cinematográfica. Son muchos otros los datos que aporta esta importante investigación de Belis Araque, la cual se acompaña de una

bibliohemerografía sobre el cine en Mérida (1898-1958), un registro fotográfico que mucho nos acerca a la fisonomía de aquella ciudad que siempre tuvo un lugar de primacía, dada por su vocación cultural y el empeño de muchos aventurados realizadores de sueños.

En estas páginas se haya comprendida la gran cartelera cinematográfica de la Mérida que se quedó en la memoria. También de la que se imprimió en imágenes evocadoras de su paisaje. Este libro, en su conjunto y significación, representa otro ejemplo de la riqueza que guarda el excelente acervo documental de la biblioteca Febres Cordero. También hay que subrayar el esfuerzo y acierto de su autora, la licenciada Belis Araque. Su paciente labor de indagación y ordenamiento viene recompensada por esta pequeña joya documental de nuestra historiografía cultural.

El cine en Mérida, 1898-1958 es producto del esmero de su autora. Sus aportes serán reconocidos y celebrados por quienes guardamos devoción por la historia, por nuestro pasado cultural, por esa herencia que nos consagra y nos lleva a mantener viva la memoria de una ciudad que, por los vértigos de su cotidiano dinamismo, pareciera desdibujarse en sus afanes, y un tanto también de nuestras nostalgias.